

HACER JUNTOS LA VOLUNTAD DE DIOS

La Fe nos dice que hay una única Iglesia verdadera que encontramos con su esplendor completo en la Iglesia Católica: en ella se conserva toda la revelación y podemos recibir toda la gracia divina. Pero también los miembros de las otras Iglesias cristianas comparten grandes verdades de nuestra Fe y están santificados por la gracia de Dios.

REZAR JUNTOS

En las últimas décadas, los cristianos han tomado mayor conciencia del fondo común que les une. Ahora manifiestan su unidad, inacabada pero real, en múltiples situaciones de la vida. Expresan su deseo de hacer juntos la voluntad de Dios.

El ecumenismo no es, en primer lugar, una cuestión de doctrina teológica ni de colaboración pastoral, sino de oración y caridad. *El acercamiento espiritual nos abre una puerta al alma de nuestros hermanos separados; nos introduce en un mundo que quizá antes juzgábamos ilógico o inestable y donde ahora descubrimos que cada cosa tiene su lugar, su valor relativo, su coherencia* (M. Villain).

La Semana de oración por la unidad se celebra cada año del 18 al 25 de enero, día en que la Iglesia conmemora la conversión de San Pablo. Ya en el siglo XIX hubo varios intentos de fijar un tiempo especial, en el que los cristianos divididos rezaran juntos

para acelerar el don de la unidad visible, por la que Cristo oró tan insistentemente poco antes de padecer. Pero las iniciativas se referían, en general, a grupos restringidos o a propósitos muy determinados. Fue, finalmente, el abad Paul Couturier, quien tuvo una visión suficientemente amplia como para ofrecer a los cristianos de todas las Iglesias la oportunidad de dirigirse conjuntamente en oración a Dios, pidiendo que la unidad se alcance "como Dios quiera y por los caminos que Él quiera".

La Semana de oración se organizó por primera vez en 1936, en Lyon, y desde allí irradió a Francia, a Europa



y más tarde ha continuado expandiéndose por todo el mundo. Así, las diversas Iglesias cristianas, esparcidas por los cinco continentes, han encontrado un modo de entrar en profunda comunión.

El Concilio Vaticano II confirmó: “En ciertas circunstancias especiales... es lícito, más aún, es de desear que los católicos se unan en la oración con los hermanos separados”.

INFLUIR JUNTOS EN EL MUNDO ACTUAL

Puede haber una eficaz colaboración interconfesional en los ámbitos más diversos de la vida, no sólo en programas de evangelización, sino también en todas las obras sociales, políticas y culturales que hacen nuestro mundo más humano y, con ello, más cristiano.

La crisis de valores que viven nuestras sociedades, tiene su raíz en una crisis religiosa, y constituye un reto para



los fieles de todas las Iglesias a tomar conciencia de su responsabilidad personal e influir en la opinión pública, por ejemplo, a través de los medios de comunicación social (prensa, radio, televisión, internet). Hoy en día, muchos grupos colaboran en la defensa y promoción de la dignidad de la persona y de los derechos humanos. Así, representantes de asociaciones católicas, ortodoxas y protestantes se manifestaron juntos en varios países europeos para dar su apoyo a la familia.

Los cristianos están llamados a influir también en las investigaciones científicas y a emprender la búsqueda de soluciones a los nuevos problemas que se plantean al pensamiento humano. Pueden colaborar en el desarrollo de las artes liberales –pintura, escultura, música, arquitectura– y de los caminos que ellas siguen, como también en proyectos sociales o cuestiones de ética aplicada. *La Pontificia Academia de las Ciencias, la Pontificia Academia de Ciencias Sociales y la Pontificia Academia para la Vida* agrupan a investigadores pertenecientes a diversas confesiones. Su objeto consiste en llevar a las instituciones e impregnar las costumbres con las orientaciones espirituales dadas por Cristo, tanto en la vida pública como en la privada, tanto en la familia como en el vasto campo del trabajo y del descanso.

En Padua nació el “Fórum de cristianos comprometidos en el mundo del espectáculo” que busca contribuir a la formación cristiana de los profesionales del circo y de los parques de atracciones. La institución tiene por objetivo favorecer las relaciones entre católicos, protestantes y ortodoxos así como el anuncio del Evangelio en este mundo tan peculiar. Quiere hacer más alegre la convivencia cristiana y llenarla con la luz de Cristo.

REALIZAR JUNTOS OBRAS DE CARIDAD

Es doloroso constatar que el cristianismo, la “religión del amor”, es presentada a los no cristianos mediante testimonios divididos. A lo largo de la historia se pueden encontrar muchas y grandes obras de caridad, pero estas obras, frecuentemente, tienen el sello de ser “católicas”, “luteranas”, “anglicanas” o “calvinistas”. En los tiempos que corren, es aconsejable que los fieles de las diversas comunidades cristianas den también juntos un testimonio del Amor de Cristo al mundo.

Juan Pablo II habla del “ecumenismo de las obras”, en el que los cristianos se unen para realizar las más variadas obras en el plano social y humanitario, por ejemplo la atención a enfermos, niños y personas mayores, la integración de marginados de todo tipo, la ayuda a pobres e inmigrantes... Es “el más urgente de los caminos ecuménicos” y un signo de autenticidad cristiana.

Una labor de especial urgencia es la ayuda a los países en vías de desarrollo. El hambre, problema diario para más de la mitad de la humanidad, la ignorancia y el analfabetismo de millones de personas, la miseria física, que es la condición de gran parte de la humanidad, resultan, en definitiva, de la desigual distribución de las riquezas. Ante este escándalo los cristianos no pueden callarse y permanecer inactivos. Si se unen para ayudar a los demás, pueden hacer mucho bien.

LLEVAR JUNTOS LOS ENCUENTROS INTERRELIGIOSOS

Un conocido historiador de las misiones advirtió hace algún tiempo: *No se*



ha afirmado y subrayado suficientemente que el movimiento ecuménico nació del misionero, y que sigue teniendo entre sus objetivos esenciales la evangelización a escala mundial (K.S. Latourette).

En efecto, los cristianos están llamados a llevar la Fe hasta los confines de la tierra. Las dos otras religiones monoteístas –el judaísmo (nuestros “hermanos mayores”) y el islam– están especialmente cercanos a ellos por su origen común en Abraham. Por eso, es preciso superar las desavenencias y enemistades del pasado y esforzarse por alcanzar una mutua comprensión.

Entre las innumerables iniciativas del Vaticano vamos a considerar sólo dos. En mayo de 1999, tuvo lugar en Jerusalén un congreso interreligioso sobre Dios Padre. Participaron judíos, musulmanes y cristianos de todas las confesiones. Diez años más tarde, en 2009, Benedicto XVI se reunió durante un viaje a África con los representantes de la comunidad musulmana de Camerún y elogió la *Asociación Camerunense para el Diálogo interreligioso*, en la que participan cristianos de varias Iglesias y comunidades.

La Iglesia abraza también a todas las demás religiones, y “nada rechaza de lo que... (en ellas) hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres” (Concilio Vaticano II). Las otras religiones pueden ser entendidas, en cierta manera, como instrumentos de la Providencia de Dios para conducir a los hombres hacia Él.

En efecto, los representantes de todas las religiones pueden unirse para la oración. Así dan un ejemplo importante de que la persona humana no se agota en la vida terrena: tiende hacia la trascendencia, es capaz de “tocar” al absoluto.

Hasta ahora, se han efectuado –por iniciativa de Juan Pablo II– tres encuentros mundiales para la oración. El primero tuvo lugar el 26 de octubre de 1986 para rezar por la paz en el mundo. Conviene subrayar que, en sentido estricto no “rezan juntos”, porque nadie puede entrar en las oraciones de los seguidores de otra religión; pero “están juntos para rezar”, cada uno según la propia tradición religiosa.

Del 24 al 29 de octubre de 1999, los líderes religiosos celebraron un segundo gran encuentro en Roma, en el que participaron doscientos representantes de diferentes religiones (cristianos, judíos, musulmanes, budistas y otras), para promover los valores del Evangelio y los valores humanos.

El tercer encuentro fue celebrado el 24 de enero de 2002. Entonces, las grandes Iglesias cristianas, junto con representantes de otras religiones de todo el mundo, publicaron *El Decálogo para la*

paz en el que todos juntos afirmaron que no se puede matar en nombre de ninguna religión: “¡Nunca más violencia! ¡Nunca más guerra! ¡Nunca más terrorismo! En el nombre de Dios, toda religión difunda en la tierra justicia y paz, perdón y vida, amor”.

NOTA FINAL

Según este planteamiento positivo, un cristiano no condena ni rechaza a “los otros”, sino que busca sacar a la luz la raíz común de todas las creencias cristianas, y se alegra cuando descubre en las otras Iglesias verdades y valores, que quizá no haya tenido suficientemente en cuenta en su vida personal. Es comprensible que el Concilio Vaticano II, partiendo de esta perspectiva, haya abierto el camino a una gran vitalidad y fecundidad. Lo abrió comprometiendo, en primer lugar, a la misma Iglesia Católica que tomó, de nuevo, conciencia de purificarse y renovarse constantemente.

Sin embargo, el “entusiasmo ecuménico” de los tiempos posteriores al Concilio ya no existe. Se ha perdido la ilusión de que las diferencias entre las diversas comunidades cristianas desaparecerían con relativa facilidad. Se ha visto que el camino es duro y largo. Pero no estamos en una crisis, sino en una situación de mayor madurez: vemos hoy más claramente lo que nos une y lo que no separa.

Benedicto XVI recalca con fuerza que el ecumenismo es una tarea irreversible. Con ello, es preciso recordar que el verdadero protagonista del movimiento ecuménico es el Espíritu Santo. La unidad, cuando se dé algún día, será obra de Dios.

Jutta Burggraf